

¿Han caído otros en la indiferencia de lo que les parecía la sola cosa importante? ¿Se acuerdan algunos de lo que hemos pensado juntos? Debo á todos esta declaracion, que lo que yo tenia entonces por verdadero, lo tengo hoy por evidente; que el fantasma que aparecia en las horas de la juventud, es el buen génio de la verdad, que la salvacion de la Francia está en la vía en que habiamos comenzado á entrar. Sepamos, pues, perseverar en ella.

XV.

QUE ES NECESARIO EDUCAR UN SALVADOR.

Lo que mas importa es revivir la chispa del hogar doméstico. El padre no cree ya, la madre cree todavía con fervor. Oscilando entre estas dos autoridades contrarias, ¿qué será del hijo? Durante mucho tiempo ignora si cree ó si duda. ¿Qué turbacion para este espíritu que al despertarse, vé á la vez abrirse y cerrarse un infinito! nace en los confines de dos mundos, y no sabe en cuál entrar. Al fin se hace la division. El hijo sigue al padre en la duda; la hija sigue á la madre en la fé. Los corazones se dividen, se enagenan mas y mas: ¿quién los reunirá? ¡Feliz el hijo, si lastimado del divorcio moral del padre y de la madre, no finge dudar con uno y creer con la otra! Hipocresía y escepticismo desde la cuna. Esto seria demasiado. No comencéis la vida humana por la decrepitud.

En ningun tiempo tuvo la educacion un objeto tan grande que proponerse, y nunca debió la infancia ser mas respetada que en nuestros dias; porque ella sola posee aún el espíritu de paz que falta á este hogar, á esta sociedad dividida.

¿Qué esperamos? ¿Y quién nos reconciliará si no es aquel que no ha vivido aun de nuestra vida? En cuanto á nosotros, nuestros corazones se han alimentado demasiado con el veneno de las luchas sociales. Solo sabemos odiarnos intensamente; hemos

perdido la facultad de amar. ¿Quién nos la volverá?

¿Qué nos queda que enseñarnos, que decirnos unos á otros? Nada. No podemos ya ni persuadirnos, ni apaciguarnos mutuamente. Nuestros lábios no pueden ya mas que maldecir, nuestras palabras no sirven mas que para herirnos y para avivar nuestras propias heridas; á decir verdad, estamos muertos los unos para los otros estando muertos á la esperanza de convencernos los unos á los otros. Por lo mismo, si el universo moral no debe abismarse en el caos, es preciso que un vestigio del antiguo amor que hizo al mundo se conserve en alguna parte. ¿Dónde sobrevivirá esta llama creadora? ¿Dónde buscar la armonía de los elementos, sino en esa cuna que flota con serenidad al traves de la tempestad social?

¿Dónde encontrar un resto de amor si no es en esos ojos que acaban de abrirse á la luz y que nada han visto todavía de lo que nosotros vemos?

¿Qué lengua nos hablará, nos convencerá sino la lengua que nada ha dicho todavía? ¡Escribas, doctores de la ley, ceded el puesto al niño en el recinto del templo! ¡Escuchad! él os enseña lo que vosotros jamás conoceréis, ¡la paz!

A pesar de esto, creéis todo arruinado si perdeis un momento en hacer bajar á ese corazon que acaba de nacer, la guerra, la horrible guerra que es el germen de todas las otras, la de las discordias religiosas. Él sale del amplio seno de la verdad para daros testimonio de ella; y vosotros nada creéis mas urgente que el enmantillarlo en los odios, en las preocupaciones, en las sectas de los Fariseos ó de los Saduceos.

¿Qué sucederia si se comenzase por hacerlo nacer á la vida social, en medio de todo lo que habla de union entre los hombres, es decir, en medio de los principios comunes á todas las sociedades, si se le alimentase desde luego con esa leche fortificadora de que se alimenta la humanidad entera? No co-

nocería las diferencias que separan á los hombres sino despues de haber conocido las semejanzas que los aproximan. Yo querria hacerlo creer en medio de los pensamientos divinos que sostienen al género humano; no sería sino mas tarde cuando llegaría á saber la divergencia de las creencias y el triste secreto del divorcio de las almas; conocería á Dios antes de conocer al sacerdote. Eso es todo lo contrario de lo que hoy se hace. De estas dos solas ideas grabadas en la constitucion, Dios y una familia de hermanos, que no podría deducir un preceptor digno de ese nombre.

La desgracia es que nosotros no tenemos un solo libro popular donde el pueblo pudiese recibir sin peligro su primera educacion moral. Los otros tienen traducciones ingenuas de la Biblia, que son como el rudimento sagrado de su lengua. En nuestro sistema de casta sacerdotal, la Biblia debia quedar como libro de los sacerdotes, y á este título era imposible que se hiciese popular.

Tengo á la vista una de las obras mas usuales para la educacion en Francia, para saber lo que contiene, el niño no tiene necesidad ni aun de saber leer. Las imágenes hablan bastante alto. Veo en esas figuras un arsenal espantoso de cadenas, de ganchos, de tenazas, de corazones desgarrados, de hogueras, de reptiles, de cabezas que sobrenadan en las llamas, de monstruos con piés de sátiros, con cuernos retrocidos, que salen de las murallas, de los techos y que vienen á agarrotar á los moribundos en sus lechos, todo en el estilo de los ídolos japoneses ó mejicanos. ¡Es este pues, el libro de educacion de un pueblo, no solamente civilizado, sino soberano? ¡Cómo el niño que se despierta á la vida en medio de este infierno pagano, se desprenderá alguna vez de esta primera impresion de fetichismo y de terror? Es preciso absolutamente, que permanezca esclavo el resto de su vida ó que se vuelva incrédulo. Hombres formados me han confesado que no podían pensar en esta primera lectura sin una impresion de hor-

ror. Que se calcule que esas semillas de odios fermentan en el corazon del niño que nace así cautivo, persuadido de que estos suplicios están preparados para todo el que no piense exactamente como el libro.

¿Sería, pues, imposible, no digo renunciar á ese fetichismo, (no voy tan lejos) sino dar á luz un libro popular en que el sentimiento servil del miedo no estuviese constantemente en accion? Yo confieso que toda verdad corre riesgo de parecer insípida al lado de ese terrorismo. ¡Quién sabe, sin embargo, lo que se podría hacer brotar del alma humana nueva aún y sin mancha?

Pensad que no se trata solamente de formar á un hombre que ocupe su puesto en una sociedad afirmada; se trata de preparar al que debé curar á una sociedad bastante enferma para herirse á sí misma. No es un estudiante lo que teneis que arreglar; es en realidad un creador, un constructor de imperios. Proporcionad, pues, el espíritu de esta educacion á los resultados que de ella debeis obtener.

El mensajero del porvenir llega, entra en el mundo. ¡Cómo lo acogereis? ¡Qué educacion nueva dareis á ese Emmanuel que debe afirmar un mundo que se desploma?

Yo querria que el oro de la sabiduría de todos los pueblos se pusiese á sus piés, que lo que ha sido aceptado, aplaudido por la conciencia de toda la humanidad, le fuese presentado á su llegada al mundo, como su herencia moral. ¡Qué gran pensamiento, (simple como todo lo que es grande) sería demasiado elevado para ese salvador salido de las olas del mundo antiguo! porque es bien un salvador, un mediador lo que hay necesidad de educar en cada hombre, ó el mundo perece. Viene para elevarse sobre todas las sectas; no encerreis demasiado pronto su corazon en una secta. Es preciso que pueda sostener sin agobiarse, una humanidad nueva; no lo aniquileis antes de que no haya hecho nada.

Persuadidos de que educais á un soberano para

el mundo político y moral. ¡Que venga el Fenelon que haya de escribir el nuevo Telémaco para el heredero, no solamente de un reino, sino de un mundo! ¡Qué fuente de inspiración no encontraría en esa idea!

XVI

LA LIBERTAD.

A todas las dificultades precedentemente espuestas, muchas personas se contentan con responder que las resuelven por la libertad. Esto quiere decir que resuelven el problema por el problema; pues establecer la libertad, es en efecto de lo que se trata.

Aquí es donde mejor se revela uno de los lados más extraños en la organización social de Francia. No es una sociedad ideal la que tenéis que arreglar. ¿Cuál es, pues, la realidad? Por un lado, individuos aislados; por el otro una inmensa asociación que se llama la Iglesia: se trata de ordenar la libertad en el mundo moral con esta formidable desigualdad. Hé aquí el problema en todo su rigor; allí está y no en otra parte.

Admitido esto decís^{me} a los individuos: Aislados más aún, separaos. Que obre cada uno como lo entienda; le doy el derecho de fundar de su cuenta y riesgo una escuela en frente de la Iglesia y de luchar con armas iguales; él, pobre, abandonado, desconocido contra todos los recursos de esa innumerable organización que do quiera se encontrará opuesta á él viva y reunida. Para establecer mejor la igualdad entre ellos, no concederé al individuo socorro de ninguna especie; pero sí, comenzaré por darle cuarenta millones anuales del presupuesto al cuerpo que él solo deberá equilibrar, y que posee ya doscientos cincuenta millones. Así resolveré el problema de la libertad por la siguiente ecuación: cero igual á trescientos millones. Esto es en cuanto al lado material de la cuestión.

En cuanto á su lado moral, nada prejuzgaré sobre la confusión del dominio civil y del eclesiástico. En consecuencia, el dogma continuará formando necesariamente parte de la enseñanza. La puerta de la escuela quedará abierta, por derecho divino, al clérigo; y como el que es dueño del dogma lo es de todo, el institutor libre vivirá bajo el arbitrio del clérigo. Este es el segundo término de la igualdad.

En tercer lugar, como la libertad exige que el Estado en nada se entrometa, y hasta que desaparezca cada uno de los miembros de la enseñanza laica, no deberá contar más que con sí mismo. Toda protección del Estado en su favor sería una opresión para los demás. Pero como por el otro lado, la Iglesia para nada habla de desaparecer al mismo tiempo que el Estado, sucederá que el laico quedará abandonado á sus propias fuerzas, y que el institutor eclesiástico será llevado, cuando lo necesite, en brazos de toda la catolicidad. El primero estará solo en el mundo, el segundo se llamará legión; tercer modo de igualdad y libertad.

Esta pretendida solución no contiene, pues, sino una distinta forma de servidumbre; y si hombres sinceramente liberales se contentan con ella, si caen tan fácilmente en el lazo, es por una ilusión que los lleva á hacer abstracción de los elementos reales que componen la sociedad francesa.

Hay dos platillos en la balanza, no uno solo: aquí un individuo sin lazo alguno, sin apoyo; allí una gerarquía que es un mundo. Es una burla decir al primero: Te permito entrar en la lid contra esa inmensa organización. Eres solo, múltiple ella. Eres débil y ella omnipotente. Nada importa! Obra como quieras; pedias libertad, te concedo de ella la palabra, y eso debe bastarte.

¿No se verá, pues, que en estos términos, es radicalmente insoluble el problema de la libertad? No se trata de establecer la lucha entre el institutor y la Iglesia. Al contrario, es preciso que el desafío no tenga lugar, y para ello que el institutor quede

en su escuela, es decir, fuera de la servidumbre de todo dogma particular; el clérigo en su iglesia, es decir, fuera de las materias laicas y civiles. Al primero el mundo de la razon, el de los miligros al segundo. ¿Qué objeto de competencia hayais entre cosas no solo tan diferentes, sino muchas veces inconciliables?

Lo que abusa á los buenos espíritus, es la comparacion que hacen de Francia con la América del Norte. Son, sin embargo, tan manifiestas las diferencias, que es evidente que la cuestion de la educacion en estos dos países, ni puede ser puesta en los mismos términos, ni resuelta de un modo igual. ¿Quién no vé que la situacion de los Estados Unidos bajo este respeto es infinitamente menos complicada que la nuestra? En primer lugar, nada de salarios á los cleros, lo que constituye la condicion elemental de la libertad moral; en segundo lugar (cosa infinitamente mas importante aún) el catolicismo no es mas que una pequeña minoría en los Estados Unidos. El fondo religioso sobre el cual se apoya esta sociedad, lo forman, como antes lo he dicho, las sectas protestantes que necesitan todas igualmente la instruccion popular. De donde resulta que se ha desconocido el antagonismo entre la enseñanza eclesiástica y la nacional. Habiendo nacido la libertad política en la democrácia americana del protestantismo, la enseñanza popular bien podia sin perjuicio para el Estado, hasta quedar en manos del clero protestante. La dificultad que Francia encuentra, y que nace de una contradiccion radical entre su constitucion religiosa y la política, no existe en la patria de Washington. Si el catolicismo llegase allí á volverse algun dia predominante, entonces solamente se hallaria con trabas como la nuestra, la constitucion política.

Por otro lado la esperiencia habla bastante alto en muchas partes. Bélgica habia entrado ingenuamente en ese pretendido sistema de libertad de enseñanza. Siente, confiesa hoy que se ahoga en él; su

gobierno hace un esfuerzo supremo para arrebatlarla á las ruedas de la máquina de servidumbre.

¿Es acaso seguro el que la saquen con vida?

Todo lo que he dicho antes supone que siga siendo la organizacion religiosa de Francia lo que hoy es. Es muy evidente que si Francia hiciese una revolucion religiosa variando los datos del todo, podria ser tambien diferente la solucion. Mas como nada anuncia en nuestros dias que esté próxima una revolucion de esa especie, y como tales cambios no se improvisan, si no queremos entrar al dominio de las imaginaciones, debemos concluir de lo que precede que el problema de la educacion se compone en Francia de los siguientes elementos necesarios: 1.º Supresion de los salarios de los cleros, como en América. Ganado hoy al parecer este punto, al menos en los espíritus, no hay necesidad de insistir en él. Harto claro es que la libertad moral no podria existir, si en vez de una religion de Estado se encuentra el medio de instituir varias de ellas que pesen cada una igualmente sobre la conciencia de todos.

2.º La enseñanza debe ser gratuita, á fin de que pueda ser obligatoria en cierto grado. El padre no solo le debe á su hijo el pan del cuerpo; le debe tambien el del alma y la inteligencia.

3.º Separacion de la enseñanza laica y de la de las iglesias particulares. Las dos condiciones precedentes solo son en cierto modo negativas; esta tercera es la que da vida á la enseñanza dándole su razon de ser. ¿Teneis ó no en vosotros mismos el espíritu de vida? ¿Creeis tenerlo? ¿Os sentis capaces de formar hombres sin el concurso de las iglesias particulares? Tal es la condicion primera de vuestra emancipacion. ¿Qué son sin eso todos los expedientes? ¿Cómo se ha emancipado la sociedad laica? Creyendo que se basta á sí misma. ¿Cómo, pues, se habria de emancipar jamas la enseñanza laica, si no creyese poseer una fuente bastante profunda de verdad, de ciencia para alimentar la vida

humana? ¿Creeis estar en el camino de la verdad? Podreis conducir á él á los demas. ¿No lo creeis? Es justo que preguntéis á la Iglesia por vuestro camino. ¿Pero de qué sirve el querer ser libres hoy, si os creeis incapaces de serlo mañana? ¿De qué serviria el rescatar á un esclavo, si continuase creyéndose una cosa sin alma que solo vive por la complacencia del amo?

Dos años hace que discutimos la organizacion social de Francia independiente de todo elemento moral y religioso. ¿Cómo puede no percibirse que el problema religioso envuelve al político y económico, y que toda solucion de este último solo tiene el valor de una hipótesis mientras no esté resuelto el primero?

El socialismo se presenta como la única doctrina de los intereses materiales. Todo el trabajo de la tradicion filosófica está suspendido en Francia; ¿y de allí qué resulta? El clero que declara tener él solo el monopolio del espíritu, reina y gobierna como en la edad media. Todos los dias afirmamos que la filosofía que á Francia emancipó, no es mas que metafísica hueca. El clérigo se apodera para sí solo de ese dominio hueco y encuentra en sus profundidades con qué enterrar todos vuestros proyectos.

XVII.

¿QUE ES LA UNIVERSIDAD?

CREERA el porvenir, despues de la esperiencia de estos últimos años, que demócratas que han visto la espedicion de Roma, la supremacia completa del clero católico nos griten con voz tronante: He encontrado el mal. ¡Escuchad! Os voy á decir cuál es el enemigo comun, al cual no debemos ya dar ni paz, ni tregua. Ese enemigo que nos aplasta es la *Universidad*.

¿Qué es, pues, la Universidad? ¿Cuál es su razon

de ser? En el momento en que Napoleon volvia su antiguo poder á la casta sacerdotal, vió muy bien que algo era preciso hacer para impedir que la sociedad laica no cayese moralmente bajo el absoluto dominio de esta casta. Vió al mismo tiempo que individuos laicos separados unos de otros serian del todo impotentes para garantizar la sociedad moderna contra las invasiones de un cuerpo sacerdotal. Conducido por estas dos ideas perfectamente acertadas, estableció, en frente del sacerdocio, un cuerpo lego encargado de enseñar y conservar, de generacion en generacion, el espíritu de la sociedad laica. Tal es el principio sobre el cual vivia la Universidad de Francia. No era una humorada de conquistador; era una precisa necesidad de la organizacion social de nuestra nacion.

En todo país en que el clero forma una casta, no teneis que escoger las leyes mas ideales respecto de la enseñanza. Por mas que hagais, es necesario oponer á esa organizacion de casta una organizacion poderosa si no quereis abandonarlo todo á la primera. Repito, y no puedo hacerlo demasiado, que para nada se trata de saber si está bien ó mal hecho, en en una democracia ideal, el constituir un cuerpo enseñante en nombre del Estado. Esa es una abstraccion sin aplicacion alguna para Francia. La cuestion que la concierne es esta. ¿Dado un país, en que el clero forma una casta, es ó no necesario que el principio laico, en la enseñanza, esté organizado de manera tal que pueda balancear la accion de ese cuerpo? Puesta así la cuestion se resuelve por sí misma, á menos que se pretenda el que el individuo se encargue de hacer por sí solo equilibrio al cuerpo que pretende pesar tanto como un mundo.

De las entrañas mismas de la necesidad, fué pues, de donde hizo salir Napoleon el principio de una enseñanza nacional confiada á un cuerpo lego. Al mismo tiempo en que restablecia la Iglesia, era para él el establecimiento de la Universidad una rigurosa consecuencia. La primera llama forzosamente á la